ENRIQUE GIORDANO:

"CONCEPCION IMPLICA UN VERDADERO DESAFIO"

•Dramaturgo penquista, residente en Nueva York, habla de su ciudad y del ambiente artístico norteamericano.

En 1962, cuando era apenas un adolescente, Enrique Giordano leyó en la Sala Vanguardia, ubicada en el sótano del viejo edificio de la Municipalidad, una obra con vagos ecos ionescanos: "El abedul". Las siete u ocho personas, que allí se encontraban, no pudieron disimular su sopresa. El autor, un niño casi, no sólo poseía un notable dominio del lenguaje teatral, sino que también sus seres ficticios y el tema mismo, resultaron insólitos.

Esta impresión se vio corroborada más tarde. En los años sucesivos, el público penquista no se desconcertó menos con otras piezas: "El velorio"; "Los pedagogos"; "La bacinica requetebrillante"; "435177"; "Juguemos a un extraño juego"; "Juego a tres manos"; "La pantera en el diván"... No todas estrenadas, aunque sí conocidas en distintos círculos.

En 1970, y después de haber obtenido su título de Profesor de Español, Enrique Giordano partió a Estados Unidos para continuar sus estudios en la Universidad de Pennsylvania. Nuestro medio había terminado por decepcionarlo, por cansarlo. Infructuosamente luchó por sacudir una apatía peligrosa, un conformismo inaceptable, lo que tampoco pareció gustar mucho. No resulta sencillo lanzarle a la cara a los espectadores, "que reír o llorar no es bastante, que es preciso vomitar al reconocerse en escena, como a través de un prisma".

En Norteamérica, Giordano encontró, en apariencia, un campo más propicio. Doctorado en 1978, se desempeña en la actualidad como docente en el Barnard College de la Universidad de Columbia y en las Naciones Unidas. Ha trabajado como director y actor; escrito ensayos y dictado conferencias en distintos centros académicos; ha sido representado y discutido... Sin embargo, de pronto experimentó un deseo imperioso: venir a Concepción, reanudar -aunque fuera por breve tiempo- un contacto perdido, conversar con los amigos, sacudirse la nieve de Nueva York...

Este fue el diálogo que sostuvo con EL SUR.

Concepción: un desafío

A diez años de distancia se decantan las experiencias, se observa un panorama con mayor claridad, se analiza el origen con una perspectiva más grande. Dice Enrique Giordano:

"No voy a comenzar con la perogrullada de que me parece distinto el Concepción cultural. Por supuesto ha habido un retroceso y nadie, en el fondo, no está consciente de ello. En lo que a mí respecta, llegué con el firme propósito de no deprimirme. Lo logré en cierto modo, porque tres vivencias directas estuvieron a punto de liquidarme. Cuando venía en el autobús entrando a la ciudad, veo que la casa de nuestro querido Boy Hyde, que tanto dio por todos, había sido destruida. Decir que casi me pongo a llorar sería inexacto: lo que sentí fue un vacío indescriptible, semejante al horror. Esto fue como una premonición de lo que me aguardaba. A la mañana siguiente, donde estaba el Teatro Concepción, hallé un hueco, un siniestro hoyo. Alguien me contó que quizás se vendería el terreno a una Compañía de Bomberos. Y para rematar, esa misma mañana, compruebo que el antiguo local de la Sinfónica, donde en una época entregamos todo lo que éramos capaces de entregar, ya no existía. En su lugar había uno de esos edificios que podrían corresponder a cualquier sitio y que nadie se detiene a mirar más. Después de diez años, éste es el panorama que advierto. Muchas ausencias, grupos que pugnan por sobrevivir, algunas películas, como de rebote... Y mejor no hablemos de la vulgarísima televisión..."

"No obstante, y aunque te parezca raro, este reencuentro no acabó por resultarme tan terrible como yo temía. Por el contrario, es emocionante advertir que tanto El Caracol como El Rostro mantengan viva la llama. Nunca sospeché que tuvieran la fuerza y el coraje como para salir adelante en circunstancias tan adversas. Sin duda, hay en ellos un espíritu que nunca muere"

"En lo que a dramaturgia se refiere, no supe de nada, y esto por desinformación. En todo caso, los repertorios de El Caracol y El Rostro, si bien escogidos con inteligencia, denuncian la necesidad absoluta de textos propios, y de esto me siento muy culpable"

"Hay otra cosa que deseo agregar a tu pregunta. Estos diez años me han permitido revalorar objetivamente la actividad cultural y artística de Concepción. Me fui muy descontento, la Universidad me parecía mediocre, asfixiante y los espectáculos tan ramplones, que me negué a seguir viendo una función más. Residir en el extranjero me ha permitido enfocar el cuadro de otra manera. Aunque muchas de las direcciones que se siguieron estaban mal encauzadas, he llegado a convencerme que nuestro teatro era de una gran calidad, de un nivel poco común en Latinoamérica y aun en Estados Unidos.

"En el plano académico, al comparar nuestras universidades con las europeas o las norteamericanas, comprobé nuestra superior formación intelectual. Clases como las que tuve con Gonzalo Rojas Jaime Concha o con mi hermano Jaime, no las he vuelto a tener jamás. De todo aquello, nada resta. Hay que empezar de nuevo, tarea en extremo difícil pero no imposible porque como he señalado, advierto un potencial y una fortaleza extraordinaria en quienes ya la han emprendido. El medio artístico de Concepción me parece interesantísimo por el desafío que implica y porque adquiere un sentido profundo que no noto en Nueva York, por ejemplo".

Esa generación

En la conversación con Enrique Giordano brotaron una y otra vez los nombres de tantas personas que ya no pertenecen a Concepción, cumplen su ciclo en otros países, se desparramaron por el orbe:

"He pensado en escribir un libro sobre eso, en el cual exprese lo significativa que ha sido nuestra experiencia dentro y fuera de Chile. Lo haré en cuanto termine con los trabajos que me he impuesto. Yo creo que nuestra generación fue muy especial. Lo que me entristece es que casi nadie queda aquí y la sensación de soledad que ello me provoca es inconmensurable. Como era lógico, ya no cabíamos, tuvimos que irnos, muchos a Santiago, algunos a ninguna parte. Y yo, como otros, al extranjero. Ahora nos encontramos dispersos. Nuestra identidad no la perdemos, porque nos une un ideal idéntico y lo comprobamos cada vez que nos reunimos, ya que los casos de ruptura son infrecuentes. Nos tocó un momento muy difícil, un mundo de transición, un choque con los sistemas anticuados e inútiles. Rompimos convenciones, tabúes, abrimos el paso a nuevas posibilidades de las cuales no gozamos. Dejamos el camino abierto a los más jóvenes, pero no hemos sido reconocidos por ellos. A lo mejor nuestro error fue un escepticismo básico, que nos limitó el accionar. La sociedad penquista nos parecía limitada, morbosa en su falso y cómodo puritanismo. Quisimos vivir en autenticidad, sin importarnos las consecuencias. Por último, Concepción se nos trasformó en un cementerio y tuvimos que partir"

"A Domingo Robles le va muy bien en Estocolmo: dirige programas de teatro latinoamericanos. Gonzalo Millán acaba de publicar en Canadá. Sergio González está al frente de un café -concert en Copenhague. En fin, para qué nombrarlos a todos. Nos esparcimos por los puntos más increíbles del planeta. Pero no somos una generación perdida, tenemos mucho que recorrer por delante, y todos volvemos a mirar a Chile".

"Al llegar, no me sentí desvinculado, sólo un tanto extraño. Pero, al cabo de un día, ya me consideraba otra vez parte integral de la ciudad, que después de todo es mi ciudad. Este viaje lo decidí repentinamente, en una tarde. De pronto quise ver a mis padres, a mis amigos verdaderos y tan significativos para mí, reencontrarme con mi realidad. Fue una idea excelente, o más bien un proceso natural. Diez años fuera del país me resultaron necesarios, imprescindibles, pero eso ya cumplió su función. Cabe estudiar, entonces, las posibilidades de un futuro regreso. Repito, no me siento desvinculado de Concepción, pero sí, por fortuna, de Estados Unidos. Nueva York es interesantísima, pero no es mi ciudad. Allí siempre he estado y estaré de paso"

Una visita fugaz, para visitar a sus padres y amigos y reanudar contactos que se habían perdido.

Estados Unidos

El contacto con Nueva York, donde reside, fue para Enrique Giordano crucial. El enorme monstruo de cemento -que impactaría a Federico García Lorca- no fue para él menos brutal:

"Nueva York no es Estados Unidos, es una síntesis del mundo y, a la vez, una Tierra de Nadie. En Filadelfia, en cambio, estaba en plena salsa norteamericana, en que el latino se halla segregado. El pertenecer a una universidad importante me permitió el acceso a sectores generalmente vedados, no sólo para el hispano sino para el extranjero, en general. Espero no tener que volver a vivir allí nunca más. En Nueva York uno se siente más libre, relativamente, pero esto es también engañoso. La verdad es que Nueva York es el amontonamiento de ghettos cerrados, estrechos: los judíos con los judíos, los anglosajones con los anglosajones, los homosexuales con los homosexuales, los académicos con los académicos, los artistas con los artistas, los griegos ortodoxos con los griegos ortodoxos... Así, hasta el infinito. La movilidad y el intercambio son muy relativos y uno se encuentra con que la supuesta capital del mundo puede ser horriblemente provinciana. En un momento descubrí que estaba tan podrido como en Concepción".

"Claro está, las ventajas son muchas, pero uno tiende a dispersarse, a disgregarse, sin profundizar en nada. Para qué hablar de las relaciones humanas. En una realidad como ésa, es imposible ir más a fondo en una amistad y la comunicación es efímera y superficial. Concentrándome en el teatro, Broadway y casi todo "off-Broadway" se reducen a productos de consumo, lo que da como resultado un espectáculo alienante y retrógrado, cuya influencia es nefasta. Los grupos de "off-Broadway", entre ellos "Performing", "Garage", y el "Theatre for the New City", se circunscriben a una minoría intelectual, sin ningún acceso a un público mayor. Cualquier éxito de estos grupos -cuando logra llegar a Broadway-, es inevitablemente degradado para satisfacer los gustos de un sector capaz de pagar 25 dólares por la entrada. Los conjuntos tratan de imitar el teatro elitista, asimilando una escala de valores totalmente postiza. He trabajado allí y la experiencia es curiosa pero exasperante. Carecen de un teatro propio, de una expresión artística honda. Ahora bien, la comunidad hispanoamericana es un *núcleo que vive una* realidad ficticia, en completo desajuste *con sus raíces. Siempre me pregunto: ¿Y esto para qué?* Espectáculos técnicamente prodigiosos, atractivos, artesanalmente bien concebidos. ¿Y a mí qué me importa? No hay un sentido en el quehacer artístico, y por eso, en el centro mundial del teatro, he visto muy pocas cosas que me hayan entusiasmado, lo cual me hace volver los ojos a la verdadera Latinoamérica y éste es uno de los aspectos positivos de mi estancia en Nueva York. Incluso, al comenzar a escribir una obra, me digo: "¿Para qué, para quiénes?".

"Nueva York puede ser un espejismo, una trampa, pero me alegro de estar temporalmente allí, aunque nunca se me hubiera ocurrido que iría a dar a semejante sitio. La obsesión del neoyorquino por salir individualmente adelante, la lucha amoral por el triunfo y el ritmo alucinante que determinan, configuran un universo que aglutina y destruye. Ya estoy aprendiendo a defenderme de eso".

Algunos proyectos

Enrique Giordano, que ha cumplido en Norteamérica una carrera que los penquistas ignoran y que tampoco le interesa destacar, prepara varios trabajos:

"Estoy a punto de terminar una nueva obra, muy distinta a todo lo que he hecho, sin traicionar la línea que me he trazado. Es la misma búsqueda de autenticidad, pero enfocada desde otro punto de vista. Los personajes se ven enfrentados a una realidad degradada, frente a la cual fracasan en su intento por cambiarla. Pero este fracaso es significativo y deja abierto el rumbo a nuevos caminos. Su título provisional es: "Los últimos pétalos de la Flor de Fango". El protagonista canta boleros y cuplés en una boite sórdida de un puerto latinoamericano y ha sido acusado de asesinar a su madre, una lavandera a quien había dejado de ver por muchos años. Al penetrar en este hecho de sangre, se va descubriendo una realidad aún más terrible, ante la cual todos se ven impotentes. Estos elementos de crónica policial me dan la base para abarcar aspectos más profundos de una sociedad enferma".

"La pieza me ha obligado a salir del ámbito intelectual de mis personajes anteriores y enfrentarme a seres hasta entonces ajenos a mí, procedentes del hampa, la delincuencia. Para lograr esto, me fue de gran ayuda mi participación en dos talleres que el novelista argentino Manuel Puig dirigió en Columbia. Mi contacto con él fue providencial y, a través de los ejercicios estrictos que nos imponía, descubrí una infinidad de rutas nuevas. Esto me hizo entender una subcultura por la que había sentido sólo repugnancia. He tenido que revisar mi posición y redefinirme. No sé qué éxito tendrá "Flor de Fango", que me parece imposible se represente en Chile, pero para mí ha sido una experiencia muy positiva".

"Pronto publicaré en México un ensayo: "La teatralización de la obra dramática: de Florencio Sánchez a Roberto Arlt". A partir de julio gozaré de una beca de la Fundación Andrew Mellon, para completar investigaciones y terminar otro libro: "Hispanoamérica y el universo lúdico" (El juego en la literatura hispanoamericana de hoy). Por último, editaré un análisis crítico de la obra teatral de Alejandro Jodorowsky, que presenté en el Congreso de Teatro Latinoamericano Moderno, celebrado en la Universidad de Wisconsin. Hay otros proyectos, pero que tendrán que aguardar".

La nerviosa charla, desarrollada en la calle, en la Escuela de Educación, donde estuvimos brevemente y que le pareció desconcertante a Enrique Giordano, se vio interrumpida muchas veces. Un rostro conocido asomaba en una esquina, alguna evocación cedía su paso a otra, los temas se atropellaban, bueno, porque diez años no transcurren en balde.

Pacian Martínez Elissetche.

Hace diez años que Enrique Giordano reside en Estados Unidos y poco o nada se sabe en su propia ciudad de sus éxitos.